

## **La teología hoy: el Misterio, la pregunta, la vida.**

La *opinión*. He aquí uno de los dioses lares de nuestra cultura. ¿Qué opina usted sobre esto o aquello? Preguntas que se convierten inmediatamente en afirmaciones rotundas sobre lo humano y lo divino. Encontramos opiniones de todos los tipos compartiendo plató (o un plato de lentejas). La opinión: fundada o infundada, coherente o contradictoria, da lo mismo. Lo importante es que sea espontánea y, por tanto, libre (¿libre?); que no limite la naturaleza humana reprimiéndola con ideas o estudios o verdades... que siempre -eso parecen decir- coartan, intentan dominar. Viva la libertad de opinión (mientras por debajo se oye la risa escondida de los *mass media* y se frotan las manos ya no se sabe muy bien quién).

Pero ¿qué tiene esto que ver con la teología?

Otra pregunta antes: ¿es la opinión un diosecillo lar también en el interior de la Iglesia? Cada uno con su pequeña capilla: el no practicante y 'cristiano' (¿quién le va a decir que no?); el laico 'pero no de esa Iglesia de dogmas' (¡claro está!); el cura, desconfiado de cualquier plan (impuesto, ¡como siempre!); el religioso, con su carisma de infalibilidad (por su libertad pneumática); el obispo, con su pequeño *daimon* apostólico; o el papa (con su corte de súbditos dispuestos a hacer de un estornudo de audiencia una verdad de fe).

Y, sin embargo, la opinión es una palabra sin silencio, una frase vacía de vida futura y llena de justificaciones de vida pasada o presente, una palabra raquíca que deja el mundo medio desnudo, pues apenas si lo abarca al pronunciarlo. La libertad -lo saben los hombres libres- no se alimenta de opiniones, sino de decisiones personales.

En medio de este bullicio la teología irrumpe con una pregunta radical: ¿*Dónde estás, Adán?* Pregunta continua, casi agobiante, que nos obliga a definirnos en cada afirmación, a ser nosotros mismos, a no descansar hasta alcanzar la coincidencia entre la palabra y la carne, entre la palabra y el aliento divino que nos llama.

La teología interroga cada respuesta, cada afirmación. Sin fin, hasta las mismas interrogaciones son puestas en crisis por una pregunta: ¿*Quién eres tú, Job, que preguntas indiscreto?* La teología lleva la palabra al desierto y la obliga a desnudarse y a mostrar la vida o la muerte que lleva dentro. Sólo así encuentra el hombre una palabra que le da luz (*a luz*) si responde: *Aquí estoy, para hacer tu voluntad.*

La teología enseña a aprender (radicalmente) dejando que la Palabra interroge a las palabras, que la Creación interroge a las creaciones, que la Verdad interroge a las opiniones. Es la pregunta en la que el hombre se deja atrapar por el Misterio absoluto que le define absolutamente en cada relativo. Por eso, la teología sirve a la verdad podando la opiniones para que crezcan las preguntas radicales que siempre provienen de Dios (o de los pobres, qué más da). La teología es la ciencia contra la idolatría del relativo, contra la ideología de hombre que descubrió 'la última verdad', contra la indiferencia del creyente arrastrado por su inercia.

La teología es uno de los nombres de la sabiduría que sigue jugando con los hombres, incluso cuando los hombres creen ingenuamente que están sometiéndola con sus especulaciones. Espera a la puerta de la fe para luchar con ella y no dejara aburrirse y perderse en el mortal espacio de la vida humana. La espera gritando para despertarla en medio de la noche y en medio del día, para que la pereza no la venza. En la teología la Sabiduría divina envuelve al hombre con el mundo y se esconde en las preguntas que ésta le hace para que busque anhelante, comprendiendo que habla siempre con demasiada ligereza.

La teología pregunta a la Iglesia si es Iglesia, pregunta al hombre si es hombre, pregunta a las respuestas si han respondido ya cuando han respondido. Y obliga a la fe y a la increencia a hacer silencio, a ir al desierto y encontrar la verdadera vocación de toda realidad, la que nunca se alcanza del todo y nos define en plenitud. Obliga a los cristianos, a sus organizaciones, a sus ritos, a su moral... a hacer silencio, a ir al desierto y preguntarse por su verdad, siempre de nuevo.

La teología sabe que al alba, antes de empezar a hablar, debe ponerse un cilicio que le recuerde el dolor de la noche que aún no ha amanecido para muchos. Sabe que la muerte acosa todas sus palabras y que siempre habla desde un hombre que negó a Dios, que se escondió de Él, que no termina de confiarse a Él. La teología sabe que piensa buscando una imagen que, también en ella, esta empañada por la culpa. Por eso la teología afirma sólo para defender las preguntas, para no dejar que el peso de la carne solidifique antes de tiempo los huesos que esperan ser alentados por Dios. Ella sabe de la responsabilidad, de la gloria y el peso, de los ministerios de la decisión y no los humilla, haciéndoles palidecer bajo la sombra de su ambigüedad, sus errores y pecados (¿no es este discernimiento sólo de Dios?), aunque nunca les deja tranquilos.

Además, el teólogo siente que ni siquiera su teología le pertenece, ésta es su cruz. Por eso pide la gracia de dejarse preguntar, de aprender a preguntar, de decir una palabra honrada para un pequeño trecho de la peregrinación eclesial y humana. A veces gritando, a veces susurrando, siempre desde el desierto.

Pobres los que olviden que existe la teología y el Misterio que la impulsa a preguntar en todas partes, incluso al Diógenes que pregunta. Los poderosos que le otorgan libertad de cátedra en una mazmorra incomunicada de la sociedad, porque sólo se encontrarán a sí mismos. El pueblo fiel que ofrezca su pensamiento (doctores tiene la Iglesia) como sacrificio agradable a la pereza de una fe que dejó de visitar el Misterio y de construir con la verdad en vez de con opiniones, pues nunca se alegrará con la visita del Susurro divino. El teólogo que no recuerde que debe levantarse cada mañana en el desierto y cree un oasis donde sus opiniones le den de beber sin anhelar el agua del pozo de Jacob que está en la tierra prometida que nunca alcanza, al menos sin morir.

La teología resucita a Juan Bautista para preguntar con él: *¿quién os enseñó a huir de la Pregunta venidera, diciendo que sois hijos de la Tradición o de la Ilustración?, Mirad, ¡he ahí la Pregunta de Dios!*

La teología habla de continuo para cantar una gloria de Dios que vio escondido en una hendidura de la biblioteca donde no distinguía entre estudiar y orar. Y puesto manos a la obra habla describiendo la espalda de un Dios que le eligió para hablar animando al pueblo de Dios a no cansarse en su peregrinación, a no hacer ni ciudades ni ídolos en el desierto, a no temer las dudas y a seguir los caminos de Dios que casi nunca coinciden con el primer impulso del paso humano.

Sin teología la acción eclesial se vuelve vulgar, torpe, sin horizontes, insignificante en medio del mundo,... No leáis teología, leed sólo folletos, cuentos, homilias hechas, artículos de opinión de periódicos, discursos de audiencia... y no hagáis pensar a los laicos con palabras profundas... Ved cómo Satán se frota las manos, invitando a los justos a desconfiar de esos hombres críticos “que no aman a la Iglesia y la agobian con sus preguntas”.

Siempre quedan, dirán algunos, los santos, verdaderos testigos del Misterio santo y verdadera pregunta de Dios a los hombres. Pero, es la misma llamada a la santidad la que nos pregunta. Porque la pregunta radical de la teología no es otra que la pregunta por la santidad del hombre que se abre a Dios.